sustentaban los lienzos sin fin de sus techumbres. Iban amontonando sus masas geométricas; y cuando todas las claridades interiores quedaron extinguidas, cuando se sumergieron, cuadradas y uniformes, en el naciente día, aparecieron como una máquina moderna superior a toda medida, algo así como una máquina de vapor, como una caldera destinada a la digestión de un pueblo; gigantesco vientre de metal, empernado, remachado, hecho de madera, de vidrio y de hierro fundido, de una elegancia y de una potencia de motor mecánico, funcionando allí, con el calor, con el estrépito, con el estremecimiento furioso de sus ruedas.

Pero Claudio se había subido sobre el banco, llevado por el entusiasmo. Forzó a su compañero a que admirara el día alzándose sobre las legumbres. Era un mar, que se extendía desde la punta de San Eustaquio a la calle de los Mercados, entre los dos grupos de los pabellones. Y, en los dos extremos, en las dos encrucijadas, la ola parecía crecer más aún y las legumbres anegaban el empedrado.

El día despuntaba lentamente, con un color gris suavísimo, lavando todas las cosas con un color claro de acuarela. Aquellos montones apretados como las olas presurosas, aquel río de verdura que parecía fluir por entre el encajonamiento del arroyo, semejante a la caída de las lluvias de otoño, adquirían sombras delicadas y perlinas, colores tiernos de violeta, de rosas de matices lechosos, de verdes ahogados en amarillos, todos los colores que forman del cielo una seda tornasolada al levantarse el sol; y a medida que el incendio de la mañana subía con destellos de llamas por el fondo de la calle de Rambuteau, las legumbres se despertaban más aún, y parecían salir del denso color azul que se arrastraba por el suelo. Las lechugas, las escarolas, abiertas aún con la grasa de la tierra, mostraban sus corazones que reventaban; los manojos de espinacas, de acederas, de alcachofas, los montones de habichuelas y de guisantes, las pilas de lechugas romanas atadas con una brizna de paja, cantaban toda la gama del verde, desde el verde laca de las vainas hasta el verde oscuro de las hojas; gama sostenida que se iba perdiendo, hasta los penachos de los extremos de los apios y de los manojos de puerros. Pero las notas agudas, las que contaban en voz más alta, eran las vivas manchas de las zanahorias, las manchas puras de los nabos, sembrados en cantidad prodigiosa a lo largo del mercado, iluminándolo con el abigarramiento de sus dos colores. En el cruce de la calle de los Mercados, las coles formaban montañas; las enormes coles blancas, apretadas y duras como balas de metal pálido; las coles rizadas, cuyas grandes hojas se asemejaban a pilones de bronce; las coles rojas, que el alba trocaba en floraciones soberbias, heces de vino con magulladuras de carmín y de sombría púrpura. En el otro extremo, en la confluencia de la punta de San Eustaquio, la entrada de la calle de Rambuteau estaba obstruída por una barricada de anaranjadas calabazas, puestas en dos filas, exhibiéndose, ensanchando sus vientres. Y el dorado barniz de una cesta de cebollas, el rojo sangriento de un montón de tomates, el borroso amarillo de una pila de cohombros, el sombrío violeta de un puñado de berengenas iban iluminándose acá y acullá; en tanto que grandes rapónchigos negros, colocados en enlutadas hileras, dejaban aún algunos agujeros de tinieblas en medio de las vibrantes alegrías del despertar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
30823

Claudio batía palmas ante aquel espectáculo. Aquellos "demontres de legumbres" le parecían extravagantes, locos, sublimes. Y sostenía que no estaban muertas, y que, arrancadas la víspera, aguardaban el sol de la mañana para decirle adiós sobre el pavimento de los Mercados.

Las veía vivir, abrir sus hojas, como si aun tuviesen en el estercolero las raíces sosegadas y calentitas. Añadía Claudio que le parecía sentir allí la respiración de todos los hortelanos de la barrera. Entretanto, la muchedumbre de cofias blancas, de corpiños negros, de blusas azules, atestaban los estrechos andenes, entre los montones. Era toda una campiña zumbadora. Los grandes cuévanos de los mandaderos desfilaban pesadamente por cima de las cabezas. Las revendedoras, los vendedores ambulantes de carretón, los fruteros, compraban, apresurándose. Había cabos de escuadra y bandadas de religiosas alrededor de las montañas de coles; al paso que las cocineras de colegio husmeaban, buscando las gangas. Entretanto, la descarga seguía; los carromatos tiraban al suelo sus cargas, como si fuesen adoquines, añadiendo una ola a las demás olas, que iban ya a estrellarse en la acera opuesta y, desde el fondo de la calle del Puente Nuevo llegaban sin cesar, contínuamente, hileras de vehículos.

—¡Oh! Es maravillosamente hermoso, digan lo que quieran—decía a media voz Claudio, como en éxtasis.

Florencio sufría. Creía en alguna tentación sobrehumana. No quería ver más, y miraba a San Eustaquio, que se veía al sesgo, como lavado en sepia sobre el azul del cielo, con sus rosetones, sus grandes ventanas cintradas, su campanario, su techo de pizarras. Deteníase Florencio en el

sombrío hundimiento de la calle de Montorgueil, en donde se veían pedazos de llamativos rótulos, en el cortado lienzo de la calle de Montmartre, cuyos balcones relucían, cargados de letras de oro. Y cuando fijaba de nuevo la vista en la encrucijada, era solicitado por otros rótulos, de las "Droguería y Farmacia", de las "Harinas y legumbres secas", escritos en grandes mayúsculas rojas o negras, sobre fondos desteñidos. Las casas de los chaflanes, de estrechas ventanas, se despertaban, y ponían, en el amplio espacio de la nueva calle del Puente Nuevo, algunas viejas fachadas amarillas del antiguo París. En la esquina de la calle de Rambuteau, en pie en medio de los vacíos escaparates del gran almacén de novedades, empleados bien vestidos, en mangas de camisa, con pantalones ceñidos y anchos puños relucientes, arreglaban las vitrinas. Más lejos, la casa Guillout, severa como una caserna, ostentaba delicadamente, detrás de sus cristales, dorados montones de bizcochos y compoteras llenas de pastelillos. Todas las tiendas estaban ya abiertas. Obreros con blusas blancas y con las herramientas bajo el brazo, apresuraban el paso para atravesar el arroyo.

Claudio no se había bajado de su banco. Empinábase sobre la punta de los pies para ver las calles hasta el final. Bruscamente divisó, entre la muchedumbre, a la que dominaba con la vista, una cabeza rubia de largos cabellos, seguida de una cabecita negra, crespa y desgreñada.

—¡Eh! ¡Marjolin! ¡Eh, Cadina!—gritó.

Y como su voz se perdía en medio del bullicio, saltó al suelo y tomó carrera. Después pensó en que se olvidaba de Florencio, y volvió de un salto, diciéndole con rapidez:

—Ya sabe usted, en el fondo del callejón des

Bourdonnais... Mi nombre está escrito con tiza en la puerta. Claudio Lantier... Vaya usted a ver el agua-fuerte de la calle Pirouette....

Desapareció el pintor. Ignoraba el nombre de Florencio. Se separaba de él como se le había acercado, al borde de una acera, y después de haberle explicado sus preferencias artísticas.

Florencio estaba solo. Al pronto se alegró de verse en aquella soledad. Desde que Madame François le había recogido, en la Avenida de Neuilly, andaba como invadido por una somnolencia y un padecimiento que le quitaba la idea exacta de las cosas. Era libre por fin, y quiso desperezarse, sacudir aquella pesadilla intolerable de alimento gigantesco por la cual se sentía perseguido. Pero su cabeza continuaba vacía, y sólo consiguió hallar de nuevo, en el fondo de su ser, sus temores sordos. El día iba avanzando, y ya podía ser visto. Y contemplaba el lastimoso estado de su indumentaria. Se abrochó hasta el cuello y sacudió el polvo al pantalón, intentando hacerse una apariencia de tocado, y creyendo oir a aquellos negros andrajos pregonar de dónde venía. Estaba sentado en el centro del banco, al lado de unos pobres diablos, de vagabundos desplomados allí esperando el sol. Las noches de los Mercados son dulces para los vagabundos. Dos agentes de policía, aun en traje de noche, con capote y kepis, andando uno al lado del otro con las manos a la espalda, iban y venían a lo largo de la acera; cada vez que pasaban por delante del banco, echaban una ojeada a la caza que allí olfateaban. Florencio se imaginó que le conocían, que deliberaban para arrestarle. Entonces, le asaltó la angustia. Sintió un deseo frenético de levantarse, de correr. Pero ya no se atrevía y no sabía de qué modo marcharse. Y las regulares

ojeadas de los agentes de policía, aquel examen lento y frío, le ponía en un potro. Por fin abandonó el banco, reprimiéndose para no huir con toda velocidad de sus largas piernas, alejándose poco a poco, encogiéndose de hombros, con el horror de sentir las rudas manos de los agentes de policía agarrándole del cuello, por la espalda.

No tuvo más que un pensamiento, una necesidad; alejarse de los Mercados. Esperaría, buscaría otra vez, más tarde, cuando no hubiera gente. Las tres calles del cruce, la calle de Montmartre, la calle de Montorgueil, la calle de Turbigo, le inquietaron; estaban atestadas de vehículos de todas clases; montones de legumbres cubrían las aceras. Entonces anduvo en derechura hacia adelante, hasta la calle de Pierre-Lescot en donde el mercado de berros y el mercado de patatas le parecieron infranqueables. Prefirió seguir por la calle de Rambuteau. Pero, en el bulevard de Sebastopol, se estrelló contra un obstáculo tal de camiones, de carromatos, de toda clase de vehículos, que volvió hasta tomar por la calle de San Dionisio. Ya en ella, entró de nuevo entre las legumbres. En las dos aceras, los mercaderes forasteros habían instalado sus mostradores, tablas colocadas sobre altos cestos, y el diluvio de coles, de zanahorias, de nabos comenzaba nuevamente.

Los Mercados se desbordaban. Intentó Florencio salir de aquella ola que le alcanzaba en su huída; probó la calle de la Cossonnerie, la calle de Berger, la plaza de los Inocentes, la calle de la Ferronnerie, la calle de los Mercados. Y se detuvo, desalentado, despavorido, no pudiendo librarse de aquella infernal ronda de hierbas que acababan por dar vueltas en torno de él, atándole por las piernas con sus débiles lazos de ver-

dura. A lo lejos, hasta la calle de Rívoli, hasta la plaza del Ayuntamiento, las eternas hileras de ruedas y de animales enganchados se perdían entre la turbamulta de mercancías que se cargaban; grandes carretas se llevaban las partes de los fruteros de todo un barrio; otros vehículos cuyos costados crujían, partían hacia la barrera. En la calle del Puente Nuevo, Florencio, se perdió por completo; fué a tropezar en medio de una cuadra de carretones de mano, en la que los vendedores ambulantes colocaban sus mercancías. Entre ellos, vió Florencio a Lacaille, que tomó por la calle de San Honorato, empujando delante de sí una carretada de zanahorias y de coliflores. Siguióle nuestro hombre, esperando que el vendedor le ayudaría a salir de la barrahunda. El pavimento se había puesto resbaladizo, a pesar de ser seco el tiempo; montones de cabos de alcachofas, de hojas y de hierbas hacían peligroso el tránsito en la calzada. Florencio resbalaba a cada paso. Perdió de vista a Lacaille en la calle de Vanvilliers. Por el lado del Mercado del Trigo, las esquinas de las calles formaban barricadas con nuevos obstáculos de carros y de carretas. Florencio no intentó seguir luchando; los Mercados volvían a apoderarse de él; la ola le anegaba de nuevo. Volvió lentamente atrás y se halló de nuevo en la puerta de San Eustaquio.

Ahora escuchaba el gran rumor que partía de los Mercados. París mascaba los bocados para sus dos millones de habitantes. Era como un gran órgano central que latiese furiosamente, lanzando la sangre de la vida a todas las venas. Ruido de mandíbulas colosales, estrépito hecho con todo el ruido del aprovisionamiento, desde los restallidos del látigo de los revendedores al

por mayor que partían para los mercados de los barrios, hasta los zapatos que se arrastraban de las pobres mujeres que van de puerta en puerta ofreciendo hierbas de ensalada colocadas en cestos.

Entró Florencio bajo una calle cubierta, a la izquierda, en el grupo de los cuatro pabellones, cuya sombra silenciosa había observado durante la noche. Esperaba refugiarse allí, hallar algún hueco. Pero, a aquellas horas, se habían despertado como los otros. Fué hasta el extremo de la calle. Llegaban camiones al trote, atestando el mercado de la Vallée de jaulones llenos de volátiles vivos y de cestas cuadradas en que, en profundos lechos, estaban colocadas las aves muertas. En la acera opuesta, otros camiones descargaban terneras enteras, envueltas en un paño, tendidas a lo largo, como niños, en unos capazos que no dejaban salir más que las cuatro patas, separadas y sangrientas. Había también carneros enteros, cuartos de buey, muslos, espaldas. Los carniceros, con grandes delantales blancos, marcaban la carne con un timbre, la acarreaban, la pesaban, y la suspendían de las barras del puesto de la almoneda; en tanto que, con el rostro pegado a las verjas, contemplaba Florencio aquellas hileras de cuerpos colgados, los bueyes y carneros rojos, las terneras más pálidas, manchadas de amarillo por la grasa y los tendones, con el vientre abierto. Pasó de allí al Mercado de la tripería, por entre las lívidas cabezas y los pies de las terneras, las tripas limpiamente arrolladas en cajas, los sesos colocados delicadamente en cestas planas, los hígados sanguinolentos, los riñones violáceos. Detúvose ante las grandes carretas de dos ruedas, cubiertas de un cuero redondo, que transportan mitades de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

cerdos, colgadas de ambos lados en los adrales, encima de un lecho de paja; los abiertos fondos de las carretas mostraban capillas ardientes, hundimientos de tabernáculo, en los reflejos flamantes de aquellas carnes regulares y desnudas; y sobre el lecho de paja, había potes de hojalata, llenos de la sangre de los cerdos. Entonces Florencio se sintió asaltado por una rabia sorda; el olor insípido de la carnicería, el olor acre de la tripería le exasperaban. Salió de la calle cubierta y prefirió volver una vez más a la acera de la calle del Puente Nuevo.

Era la agonía. Asaltábale el estremecimiento de la mañana; le castañeteaban los dientes, y tenía miedo de caerse allí y de quedar tendido en el suelo. Buscó y no halló ni una sola esquina en un banco; hubiera dormido, aun a riesgo de ser despertado por los agentes de policía. Después, como le cegaba una especie de resplandor, se arrimó a un árbol, con los ojos cerrados y los oídos zumbándole. La zanahoria cruda que se había comido, casi sin mascarla le destrozaba el estómago, y el vaso de ponche le había emborrachado. Estaba embriagado de miseria, de cansancio, de hambre. Un fuego ardiente le quemaba de nuevo en la boca del estómago; llevábase a ella las dos manos, a ratos, como para tapar algún agujero por el cual creía sentir que todo su ser se le escapaba. La acera adquiría un amplio balanceo; los sufrimientos del hambriento llegaban a hacerse tan intolerables, que quiso seguir andando para acallarlos. Echó a andar hacia adelante, y entró en el mercado de las legumbres. Se perdió en él. Tomó por un estrecho sendero, dió vuelta por otro, tuvo que desandar lo andado, se equivocó, se halló en medio de las verduras. Algunos montones eran tan altos, que

la gente circulaba entre dos murallas, construídas de manojos de verdura. Las cabezas sobresalían un tanto; se las veía desfilar con la mancha blanca o negra de la prenda que la cubría; y los grandes cuévanos, balanceándose, parecían, al ras de las hojas, barquillas de mimbre que nadasen sobre un lago de césped. Florencio tropezaba con mil obstáculos, con portadores que cargaban, con vendedores que discutían con asperas voces; resbalaba sobre el espeso lecho de mondaduras y de tronchos que cubría el arroyo, y se ahogaba por el poderoso olor de las aplastadas hojas. Entonces, entontecido, se detuvo, se abandonó a los empujones de los unos, a las injurias de los otros; no fué ya más que una cosa golpeada, rodante, en el fondo del mar que iba subiendo.

Invadióle una cobardía enorme. Hubiera pedido limosna. Su estúpida altivez de la noche le exasperaba. Si hubiera aceptado la limosna de Madame François, si, como un imbécil, no le hubiese inspirado miedo Claudio, no se encontraría allí, jadeando en medio de aquellas coles. Y le irritaba sobre todo el no haber interrogado al pintor, en la calle Pirouette. A aquellas horas estaba solo, y podía reventar sobre el empedrado, como un perro perdido.

Levantó por última vez los ojos y miró hacia los Mercados. Estos llameaban bajo el sol. Un gran rayo penetraba por el extremo de la calle cubierta, allá en el fondo, agujereando la masa de los pabellones con un pórtico de luz; y, estrellándose contra el lienzo de las techumbres, caía una lluvia ardiente. La enorme armadura de hierro fundido se anegaba, azuleando, y no era ya más que un perfil sombrío que destacaba de las llamas de incendio del sol que se elevaba. En

lo alto, se encendía un vidrio, y una gota de claridad rodaba hasta los canalones, a lo largo de la pendiente de las anchas planchas de zinc. Entonces le pareció aquello una ciudad tumultuosa en un volante polvo de oro. El despertar había aumentado desde el ronquido de los hortelanos, tumbados bajo sus mantas, hasta el retumbar más vivo de los vehículos que llegaban. Ahora la ciudad entera replegaba sus rejas; los cuadrados andenes zumbaban, los pabellones retumbaban como el trueno; todas las voces se unían, y se hubiera creído aquello el desarrollo magistral de aquella frase que Florencio, desde las cuatro de la mañana oía arrastrarse y acrecentarse entre las sombras.

A derecha, a izquierda, por todos lados, los berridos de la almoneda ponían agudas notas de flautín, en medio de los sordos bajos de la muchedumbre. Era el pescado fresco, eran las mantequillas, eran los volátiles, era la carne. Pasaban tañidos de campana, sacudiendo tras sí el murmullo de los mercados que se abrían. En torno de Florencio, el sol inflamaba las legumbres. Ya no veía la tierna acuarela de las palideces del alba. Los ensanchados corazones de las verduras ardían; la gama del verde estallaba con vigores soberbios; las zanahorias sangraban, los nabos se tornaban incandescentes en aquel horno triunfal. A la izquierda de Florencio, los carromatos de coles seguían desmoronándose. Volvió la vista, y divisó, a los lejos, los camiones que seguían desembocando por la calle Turbigo. El mar continúa subiendo. Habíalo sentido Florencio en los tobillos, después en el vientre; a aquella hora amenazaba pasar por cima de su cabeza. Cegado, sumergido, con los oídos zumbantes y el estómago aplastado por todo lo que

había visto, adivinando nuevas e incesantes profundidades de alimentos, pidió gracia y le asaltó un dolor loco al pensar que iba a morir de hambre en el París harto, en aquel despertar fulgurante de los Mercados. Dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos.

Había llegado a una calle más amplia. Dos mujeres, una viejecita y otra alta y delgada, pasaron por delante de él, charlando y dirigiéndose a los pabellones.

—¿Y ha venido usted en busca de sus provisiones, mademoiselle Saget?—preguntó la alta y delgada.

—¡Oh, madame Lecœur!... No se las puede llamar así... Ya ve usted, una mujer sola... Yo vivo con nada... Hubiera querido una coliflor pequeñita, pero está todo tan caro... Y la mantequilla, ¿a cómo está hoy?

—A treinta y cuatro sueldos... Yo tengo buenas cosas. Si quiere usted vaya a verme.

—Sí, sí; no sé aun, tengo todavía algo de grasa...

Florencio, haciendo un esfuerzo supremo, seguía a las dos mujeres. Recordaba que había oído nombrar a la viejecita en la calle Pirouette; se decía que le preguntaría en cuanto se hubiese separado de la alta y delgada.

—¿Y su sobrina de usted?—preguntó mademoiselle Saget.

—La Sarriette hace lo que le da la gana—respondió con acritud madame Lecœur. Ha querido "establecerse". Me tiene ya completamente sin cuidado. Cuando la hayan roido los hombres no seré yo la que le dé un pedazo de pan.

—Era usted tan buena para ella... Debería ver de ganar dinero; las frutas están en buenas condiciones este año... ¿Y su cuñado de usted?

—¡Oh! Ese...

Madame Lecœur frunció los labios y pareció no querer decir más.

—¿Siempre el mismo, eh? — continuó Mademoiselle Saget.—Valiente... He oído decir que se está comiendo el dinero de una manera...

—¿Acaso se sabe si se come su dinero?—dijo brutalmente Madame Lecœur.—Es un tacaño, es un ladrón, es un hombre, mire usted, que me dejaría reventar de hambre antes que prestarme cien sueldos. Sabe perfectamente que esta temporada no han dado juego ni las mantequillas ni los quesos ni los huevos... El vende todas las aves que quiere. Pues bien, ni una vez, ni una sola vez siquiera, me ha ofrecido sus servicios. Yo soy demasiado orgullosa para aceptar, ¿sabe usted? pero me hubiera quedado satisfecha.

—¡Oh, ahí tiene usted a su cuñado!—dijo Mademoiselle Saget bajando la voz.

Las dos mujeres se volvieron y miraron a alguien que atravesaba el arroyo para entrar en la gran calle cubierta.

—Tengo un poco de prisa—dijo Madame Lecœur a media voz.—He dejado la tienda sola. Además, no quiero decirle una palabra.

Florencio se había vuelto también maquinalmente. Vió un hombre pequeño, robusto, con aspecto de felicidad, con el cabello gris cortado como un cepillo; llevaba bajo cada brazo un ganso cebado, cuya cabeza colgaba golpeándole los muslos. Y bruscamente, hizo un gesto de alegría, y corrió hacia aquel hombre, olvidando su fatiga.

Cuando le hubo alcanzado:

—¡Gavard!—le dijo dándole un golpe en el hombro.

El otro levantó la cabeza y examinó con aire

de sorpresa aquella larga figura negra que no recordaba. Después, de repente:

—¡Usted! ¡usted!—exclamó en el colmo de la estupefacción.—¡Pero cómo! ¿Usted?

Y por poco deja caer los gansos cebados. No se calmaba. Pero al ver a su cuñada y a Mademoiselle Saget, que desde lejos contemplaban curiosamente el encuentro, echó a andar de nuevo, diciendo:

—No nos quedemos aquí, venga usted. Hay sobra de ojos y de lenguas.

Y, bajo la calle cubierta, se pusieron a hablar. Florencio le dijo que no había ido a la calle Pironette. A Gavard le hizo la mar de gracia esto; se rió mucho y le dijo que su hermano Quénu se había mudado y abierto la nueva salchichería a dos pasos, en la calle de Rambuleau, frente a los Mercados. Y lo que le divirtió más prodigiosamente aun fué el enterarse de que Florencio se había estado paseando toda la mañana con Claudio Lantier, un *punto* de marca, que era precisamente sobrino de Madame Quénu. Iba a acompañarle a la salchichería. Después, cuando supo que Florencio había vuelto a Francia con documentos falsificados, adoptó toda clase de medidas misteriosas y graves. Quiso andar delante del otro, a cinco pasos de distancia, para no llamar la atención. Después de haber pasado por el pabellón de los volátiles, en donde colgó los dos gansos en su puesto, atravesó la calle de Rambuleau, seguido siempre por Florencio. Allí, en medio del arroyo, con el rabillo del ojo le mostró una grande y hermosa tienda de salchichería.

El sol enfilaba oblícuamente la calle de Rambuteau, alumbrando las fachadas, en medio de las cuales la abertura de la calle Pirouette for-

maba un agujero negro. En el otro extremo, el gran edificio de San Eustaquio se ostentaba dorado por el polvo del sol, como una inmensa vitrina. Y, en medio del bullicio, del fondo del cruce de las calles, avanzaba un ejército de barrenderos, en hilera, dando regulares escobadas; en tanto que los basureros arrojaban con palas las inmundicias a los carros, que se detenían, cada veinte pasos, con ruido de vajillas rotas. Pero Florencio no prestaba atención más que a la gran salchicheria, abierta y llameante bajo el sol naciente.

Formaba casi la esquina de la calle Pirouette. Era una alegría para la vista. Reía, completamente clara, con puntos de vivos colores que cantaban en medio de la blancura de sus mármoles. El rótulo, en el cual el nombre de QUENU-GRADELLE lucía en grandes letras de oro, en un marco de ramas y hojas dibujado sobre fondo claro, estaba compuesto por una pintura recubierta por un cristal. Las dos cartelas laterales de la fachada, igualmente pintadas y cristales, representaban Amorcillos mofletudos que jugaban en medio de cabezas de animales, de costillitas de cerdo, de guirnaldas de salchichas; y aquellas naturalezas muertas, adornadas de volutas y rosetones, tenían tal suavidad de acuarela, que las carnes crudas adquirían tonos rosados de confituras. Después, en aquel agradable cuadro, se erguía el escaparate. Estaba colocado sobre un lecho de finas recortaduras de papel azul, a trechos, hojas de helecho delicadamente ordenadas, trocaban algunos platos en ramilletes rodeados de verdura. Era un mundo de cosas buenas, apetitosas, grasas. Primero, abajo de todo, había una hilera de salchichas, entremezcladas con tarros de mostaza. Los desosados jamones venían encima, con su buen aspecto redondo, recubierto de amarillo pan rayado y con el mango terminado en un floripón verde. En seguida llegaban las grandes fuentes; las gruesas lenguas de Estrasburgo, rojas y barnizadas, sangrando al lado de la palidez de las salchichas y de los pies de cerdo; las morcillas, negras, enroscadas como culebras bonachonas; los chorizos, amontonados dos a dos, reventando de salud; los salchichones, semejantes a espinazos de chantre, con sus marchamos de plomo; los grandes jamones, los grandes pedazos de ternera y de cerdo, helados, y cuya gelatina tenía limpideces de azúcar cande. Había además muchas fuentes, en el fondo de las cuales dormían carnes y picadillos, en lagos de grasa solidificada. Entre las fuentes, entre los platos, sobre el lecho de recortaduras azules, se hallaban desparramados tarros de substancia de carne, de trufas en conserva; pastelitos de *foie gras*, latas de atún y de sardinas. Una caja de quesos lechosos y otra caja de caracoles untados de manteca emperejilada, estaban colocadas en las dos esquinas negligentemente. En fin, en todo lo alto, pendientes de una barra llena de ganchos, collares de salchichas, de salchichones, de morcillas, colgaban simétricamente, semejantes a cordones y bellotas de ricas colgaduras; en tanto que, detrás de ellas, ponían sus encajes varios jirones de redaños, como fondo de blandas blancas y carnosas. Y allí, en el último peldaño de aquella capilla del vientre, en medio de los extremos de los peldaños, entre dos manojos de purpúreos gadiolos, el altar se coronaba con un acuario cuadrado, adornado de rocalla, en el que nadaban continuamente dos peces rojos.

Florencio sintió un escalofrío a flor de piel, y

divisó a una mujer, en el dintel de la tienda, bañada de sol. La mujer constituía una dicha más, una plenitud sólida y feliz en medio de todas aquellas alegrías grasas. Era una hermosa mujer. Tenía la misma anchura de la puerta, y sin embargo, no era demasiado gruesa; alta de pechos, con la madurez de la treintena. Acababa de levantarse, y ya sus cabellos, alisados, pegados y como barnizados, le caían en pequeños bandos aplastados sobre las sienes. Esto la hacía limpísima. Su piel, apacible, tenía esa blancura transparente, esa piel fina y rosada de las personas que viven de ordinario entre grasas y carnes crudas. Era más bien seria, muy calmosa y lenta, de mirada alegre y labios graves. Su almidonado cuello blanco que le circundaba la garganta, sus blancos manguitos que llegaban hasta el codo, su delantal blanco que ocultaba la punta de los zapatos, no dejaban ver más que los extremos de su traje de cachemira negra, los redondos hombros, el busto relleno, cuya tela distendía en extremo el corsé. En aquel conjunto blanco se reflejaba ardiendo el sol. Pero inundada de claridad, azules los cabellos, rosada la carne, resplandecientes las mangas y la falda, no entornaba los párpados, y tomaba con toda tranquilidad y beatitud su baño de luz matinal, con los ojos dulces, sonriendo a los desbordantes mercados. Tenía aspecto de gran honestidad.

—Es la mujer de su hermano de usted, su cuñada Lisa—dijo Gavard a Florencio.

Habíala saludado con leve inclinación de cabeza. Después, se hundió en la calle, continuando con sus precauciones minuciosas, no queriendo que Florencio entrase por la tienda, a pesar de hallarse ésta vacía. Evidentemente se consideraba dichoso al inmircuirse en una aventura que juzgaba comprometedora.

—Espere usted—dijo a Florencio.—Voy a ver si su hermano está solo. Entre usted cuando yo dé una palmada.

Empujó una puerta en el fondo de un portal. Pero cuando Florencio oyó la voz de su hermano detrás de aquelal puerta, entró de un salto. Quénu, que le adoraba, se le echó al cuello. Se besaban lo mismo que niños.

—¡Ah! ¡Recórcholis! ¡Ah! ¿Eres tú?—balbuceaba Quénu.—¡Qué demonio había yo de esperarte! ¡Te creía muerto... Ayer mismo se lo decía a Lisa: "El pobre Florencio..."

Se detuvo, y gritó, asomando la cabeza a la tienda:

—¡Eh! ¡Lisa!... ¡Lisa!...

Después, dirigiéndose hacia una niñita que se había refugiado en un rincón:

—Paulina—la dijo,—ve a llamar a tu madre.

Pero la niña no se movió. Era una niña hermosa de cinco años, con el rostro grueso y redondo, de gran parecido con la hermosa salchichera. Tenía en brazos un enorme gato amarillo, que se abandonaba a sus anchas, con las patas colgando. Y la niña le apretaba con las manecitas, encorvándose sobre su carga, como si hubiese temido que aquel señor tan mal vestido se la robase.

Lisa llegó lentamente.

—Es Florencio, es mi hermano — repetía Quénu.

Ella le llamó "señor", y estuvo muy amable. Le miraba apaciblemente, de pies a cabeza, sin demostrar ninguna sorpresa poco decente. Sólo sus labios tenían un ligero frunce. Y permaneció en pie, acabando por sonreirse al ver los abrazos

de su marido. Por fin, éste pareció calmarse un poco. Entonces vió la delgadez, la miseria de Florencio.

—¡Ah! ¡mi pobre amigo!—dijo.—No te has embellecido por aquellos barrios... Yo he engordado, ¡qué quieres!

Estaba gordo, en efecto, demasiado gordo para sus treinta años. Reventaba dentro de su camisa, de su delantal, de sus ropas blancas que le envolvían como a una muñeca enorme. Su afeitado rostro se había alargado, y había acabado por tomar, a la larga, una lejana semejanza con la geta de aquellos cerdos, de aquella carne en que sus manos se hundían y vivían el día entero. Florencio no le conocía apenas. Se había vuelto a sentar y paseaba las mirabas desde su hermano a la hermosa Lisa, a la pequeña Paulina. Todos sudaban salud; estaban soberbios, cuadrados, relucientes; contemplaban a Florencio con el asombro de personas muy gruesas exaltadas de vaga inquietud en presencia de un ser flaco. Y hasta el mismo gato, cuya piel reventaba de grasa, redondeaba sus ojos amarillos, examinando a Florencio con aspecto de desconfianza.

—Esperarás el almuerzo, ¿verdad?—preguntó Quénu a su hermano.—Almorzaremos temprano, a las diez.

Percibíase fuerte olor de cocina. Florencio volvió a ver su terrible noche, su llegada encima del carro de las legumbres, su agonía en medio de los Mercados, aquel desmoronamiento continuo de manjares del cual acababa de escaparse. Entonces, dijo a su hermano en voz baja, con una dulce sonrisa:

—No, mira, tengo hambre.

II

Acababa Florencio de comenzar la carrera de Derecho, en París, cuando murió su madre. Residía ésta en el Vigan, en el Gard. Habíase casado en segundas nupcias con un normando, un Quénu d'Yvetot, a quien un subprefecto había llevado y olvidado en el Mediodía. Continaba empleado en la subprefectura, pareciéndole el país encantador, bueno el vino, amables las mujeres. Una indigestión, tres años después del matrimonio, se lo llevó. Dejaba por toda herencia a su mujer un muchachón gordote que se le parecía. La madre pagaba ya con grandes dificultades los meses de colegio de su hijo mayor, Florencio, fruto de su primer matrimonio. Este le proporcionaba grandes satisfacciones; era muy buen muchacho, trabajaba con ardor, y ganaba siempre los primeros premios. En él colocó la madre todas sus ternuras, todas sus esperanzas. Tal vez prefería, en aquel muchacho pálido y delgado, a su primer marido, uno de esos provenzales de acariciadora blandura, que la había amado con locura. Tal vez Quénu, cuyo buen humor la había seducido al principio, se había